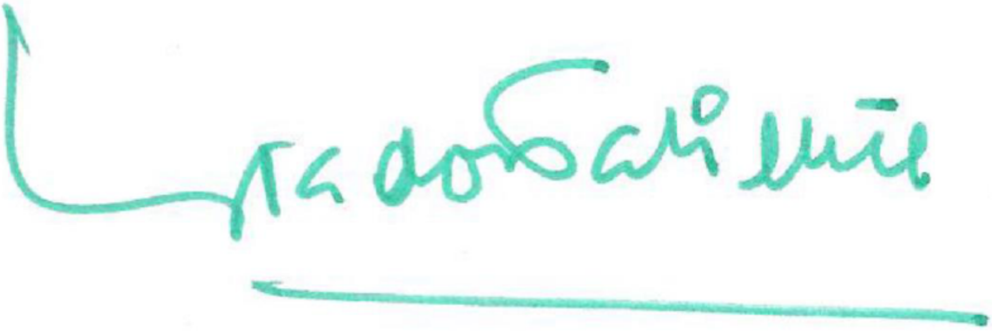
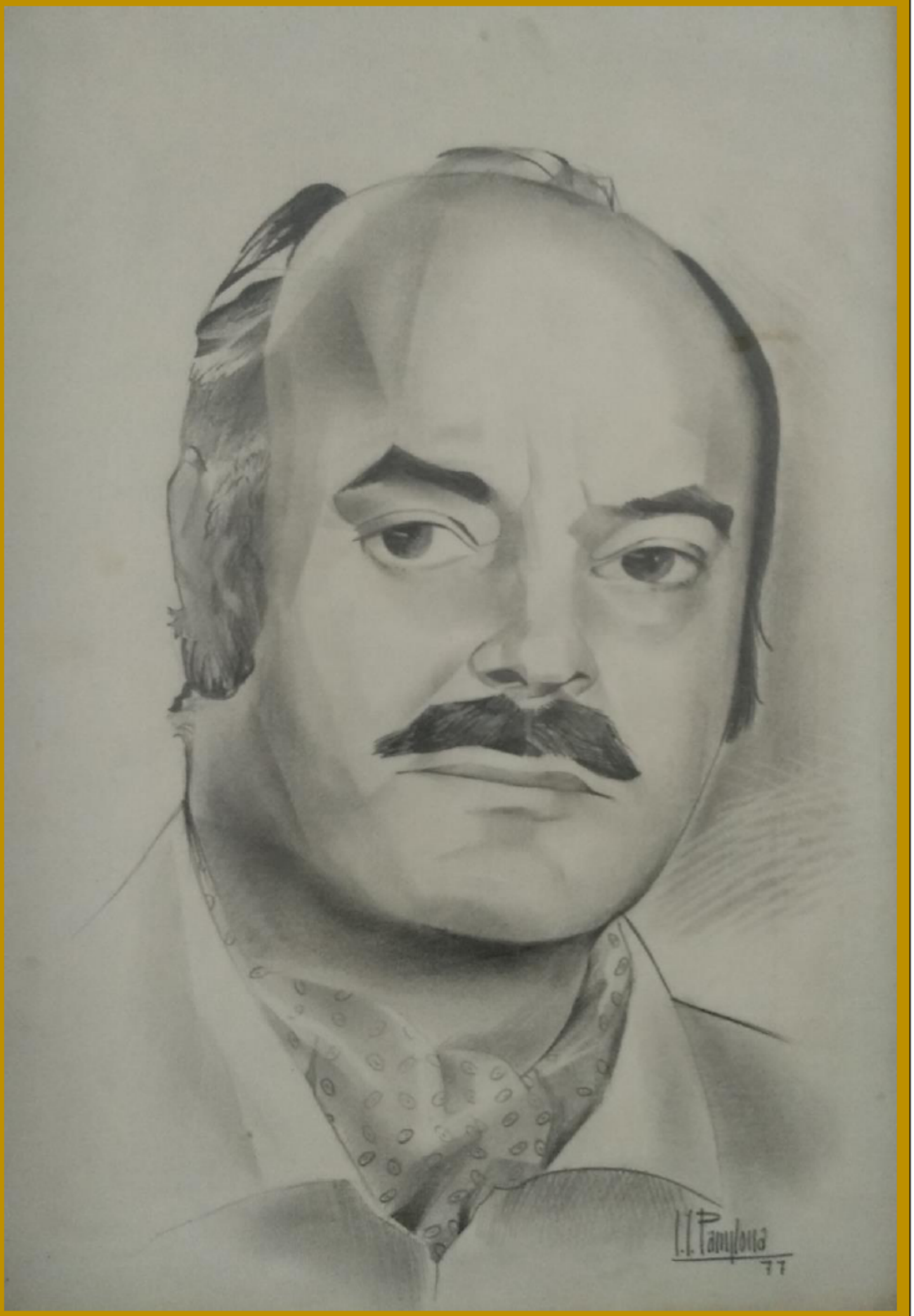
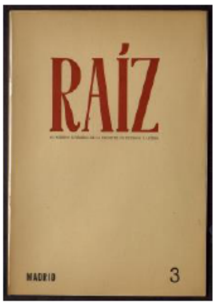


Salvador Pérez Valiente

LO MISMO DE SIEMPRE



RAÍZ, Cuadernos literarios de la Facultad de Filosofía y Letras, fue una revista universitaria (Universidad Complutense de Madrid), dirigida por Juan Guerrero Zamora, que apareció en los años más duros de la posguerra (el primer número está fechado en mayo de 1948), y que publicó textos de Vicente Aleixandre, José Hierro, Carmen Conde, Alfonso Sastre, Gerardo Diego, Gabriel Celaya, Blas de Otero, Pedro Salinas y un largo etcétera. En el número 3 (Navidad de 1948) hay un poema de Salvador Pérez Valiente, que reproducimos:



NEORROMANTICISMO

Sin historia me dejas.
Aún no es tiempo de odiarte.
Tú eres quien me condena
a pensar en tu boca
mientras canta la sangre
el inútil destino
de un corazón. Tú sabes
que ya nada me queda.
He vuelto por la noche
de las cosas; tú estabas
donde la sombra apenas,
allí donde la sombra
negaba los abrazos.
Pero nada: la noche
de las altas estrellas.
Tú eres quien me amenaza.
Sin historia me dejas.
¡Tanto, tanto te quiero,
tanto en lágrimas vales!
Siento cómo los días
vuelven a aquel instante,
cómo Dios me abandona,
cómo pesa la tarde
y la lluvia repite…
Oh pensarte, pensarte.
Nada, nada me importa
si no es tu dulce carne,
el olor de tu axila.
Como un arado vivo,
el grito aquel que olvidas.
Pero la noche vuelve.
Oh perdida, perdida.
No sirven las palabras
para llorar siquiera.
Contemplador remoto,
acaso Dios no sepa.
Cuánto sufrir y cuánto
repetir la memoria.
Oh abandonado, oh solo
corazón por la tierra.
Por las calles sin luna
donde vive el silencio,
en la desnuda esquina
donde la ausencia espera,
gritaré lo que he sido.
Yo fui aquel que en la noche
amenazaba, hundía
su pasión. Yo te tuve.
Tu cuerpo, sí, tu cuerpo
como una gran cadena
que me arrastra y me vence
Sólo el odio me lleva.

DICIEMBRE, 2021 – Nº 10

La Voz de Fortuna

LO MISMO DE SIEMPRE [1], tercer libro de Salvador Pérez Valiente, está integrado por 24 poemas, repartidos en cinco apartados: *España, raíz*, *Estar viviendo*, *Los inocentes*, *De oscuro en claro* y *Homenajes últimos*. En este libro hay más variedad métrica que en los anteriores. Pérez Valiente, que había sido un adelantado en desligarse "casi ofensivamente —tal como nos recuerda Demetrio Castro—, de la precisión opresiva del endecasílabo y del rigor exigente de la estrofa" [2], vuelve a las composiciones de arte mayor, sin olvidar el verso libre, en el que tanto había destacado, por su fluidez y originalidad.

Toda la obra está marcada, según Antonio Crespo, por una preocupación notoria por el paso del tiempo: "Pero, curiosamente, el tiempo se manifiesta por un lado como fugacidad ('Nada vuelve / ni aún en vuestras miradas') y por otro como permanencia ('y todo vuelve a ser / eternamente igual, siempre y siempre lo mismo'), lo que equivale a una armonización de Heráclito y Parménides. Lo cual no excluye la melancolía, porque —inmóvil o fugaz— el tiempo, la vida, nos hiere 'a golpes, a zarpazos / a dentelladas fieras', como dice —con lejanos ecos de Miguel Hernández— en uno de los poemas". Destaca la utilización de determinadas frases de uso coloquial: "aguas que no beberé"; "por la boca muere el pez"; "entre Pinto y Valdemoro"; "del hoyo al bollo"... lo que supone la conversión del tópico en materia literaria, en una especie de ennoblecimiento del habla cotidiana [3].

Salvador Jiménez ha precisado que el poeta, sin abandonar sus constantes, se manifiesta en esta obra menos irascible: "Creo que en este libro —dice— anteriores arrebatos y exasperaciones aparecen, de alguna manera, serenados. La palabra tiene peso y poso. Tiene inocencia de origen, aunque abrase al tocarla. Son palabras contra el destino, pero son palabras también a favor de la vida" [4].

En la solapa de la cubierta, el escritor y poeta Demetrio Castro da unas pinceladas muy acertadas sobre la obra del autor. Demetrio Castro fue compañero de Salvador en los años de pubertad y adolescencia vividos en el colegio de los Escolapios de Alcalá de Henares. Precisamente, uno de sus poemas, que lleva por nombre *Clase media*, está dedicado a Pérez Valiente, recordándole el doble rechazo que sufrían ambos en el ámbito escolar: el de los niños de las capas más populares que los odiaban "por ricos" y el desprecio de los de clase alta, que no querían saber nada de "esos pobres" ("*Entre el odio de unos y el desprecio de otros, / pasó, tú bien lo sabes, amigo, nuestra infancia"* (…) / *Y hoy que somos ya hombres, miramos, como siempre, / que nunca pasa en balde lo que pasa en la infancia")* [5].

En el primero de los apartados (*España, raíz*) encontramos seis composiciones, de las que tres llevan en su título el nombre de nuestro pueblo. No es extraño, pues Fortuna fue siempre para Salvador la raíz de su poesía. Su visión de poeta —le decía a Raimundo de los Reyes en 1966— era la de "las tierras lunares del secanal y el ramblizo, que tienen en Fortuna, ese querido pueblo de mi niñez, su casi cósmico epicentro" [6]. Huérfano de padre, y casi de madre, a la temprana edad de cinco años el pequeño Salvador vivió en nuestro pueblo en casa de unos tíos paternos hasta que, cumplidos los nueve años, se trasladó a Alcalá de Henares, a casa de unos tíos maternos, para cursar estudios. "Siempre he dicho —le confesó al periodista Antonio López en 1982— (…) que quien no tiene amor o desgarro por un paisaje que es el suyo, no es de ninguna parte. Sin Fortuna, que no es mi pueblo sino el de mi padre, yo estaría mutilado" [7].

Por ello, Pérez Valiente, que trabajaba en Madrid, en Radio Nacional de España, volvía siempre con cualquier excusa a la tierra fortunera, que guardaba sus raíces: con ocasión de las fiestas de san Roque —desde La Manga, donde veraneaba en una casa que le dejaba una familia amiga, o desde Cerro Alarcón, en Valdemorillo, en un chalé de su propiedad que llevaba por nombre, ¿cómo no? *Fortuna*—, o en Navidad, para recordar la lumbre, tan lejana en el tiempo, del hogar prestado en la casa de la tía Beatriz, en la calle Remedios, o en La Garita, con su aciago aljibe, en el camino de las Peñas. Dos de esos tres poemas dedicados a nuestro pueblo (*Fortuna* y *Fortuna, tierra*) habían visto la luz en 1956, en la revista *Poesía Española* [8], y fueron recogidos enseguida en la *Antología de la poesía española 1955-1956*, recopilada por Rafael Millán [9], como un solo poema bajo el título común de *Soledades murcianas*:

FORTUNA

FORTUNA es un secanal
sin agua y sin esperanza.
Fortuna de la añoranza,
con el tonto de Pascual.
No enterradme en la pared;
dejadme pudrir al sol.
Fortuna es un albañil,
un cura, un enterrador.
Y yo me quiero morir
oyéndome el corazón.

FORTUNA, TIERRA

AGUAS que no beberé
y ramblas de pedregal;
mi cimiento más sombrío,
mi canchal.
Azul sobre los olivos
y un retrato en la consola.
Voy enterrando a los vivos
muy a solas,
mientras tú, padre, me llamas,
tú que clamas desde el hueso.
En la hacienda que no tuve
toda mi herencia va en peso.
Desde la cepa me sube
la campesina porfía,
esa entristecida hombría
que sostuve.
Porque os debo mi jornal
de combatida razón
y a un hondo sepulturero
el compás del corazón.
Al pobre Juan Porquería,
que le daba
cante a la filosofía
y silencio a la palada.
Y el postrimero albañil
no sabía
que un muerto entre más de mil
se lo recompensaría.
Me liberará la muerte,
pero, ¿me liberará?
Cómo no meditarías
que los muertos sufren más.
Quién pensara, quién creyera
que cada beso que damos
resuena en la calavera.
Que al final
somos sólo un nombre escrito
en una tapia de cal.
Ni un pedazo de esta tierra
tienes derecho a tener,
corazón como el baladre,
que no has sabido perder.
Vuelvo a Fortuna. La luna
más redonda y más lejana
iba por la carretera,
camino de la mañana.

FORTUNA, COMO ENTONCES

MI infancia —no me acuerdo—, ¿fue de olores?
De estarse el niño aquél mirando nada
y no ver nunca el agua a sus labores.
Yo no tuve una acequia por almohada.
De pueblo soy; de pueblo somos todos.
Sombra total la tierra que me mata.
Con sus germinaciones y sus lodos,
ella nos va enterrando y nos maniata.
De pueblo sin pasado y sin fortuna,
de ir arañando piedra y aceituna;
aunque Fortuna el corazón la llama.
De tierras condenadas y ramblizo.
No beberéis allí más bebedizo
que el angustioso polvo que la cava.

Otra de las composiciones, *El extranjero*, se la dedica a su amigo Pedro de Lorenzo, escritor y poeta, que dirigió la revista *Garcilaso*, el diario *ABC* y las páginas literarias de *Arriba*. Las tierras,el paisaje y las gentes de Extremadura, tierra natal de De Lorenzo, están retratadas en sus estrofas. El poeta se siente forastero, a pesar de que los lugareños —puesta ya en marcha la esperanza del Plan Badajoz— lo despiden como si "fuésemos viejos parientes del pimentón o el azafrán, y no de tuera y alacrán", en clara alusión al paisaje fortunero, tan distante del de la rica Vega del Segura. Las penas, que lo acompañan siempre, vaya a donde vaya, las intenta enterrar en hermandad con su amigo y con la ayuda del "cañamero", un vino de "pitarra", de elaboración artesanal y elevada graduación que ya degustaban las legiones romanas:

EL EXTRANJERO

ESTA es la tierra, esta es la gente
y la cigüeña hacia el poniente.
Y las palabras y las cosas
más enterizas y sustanciosas.
Esto se llama lumbre de encina;
en ella encienden su vida pina,
honradamente rebañada,
las manos que no aprietan nada.
Este es el viaje de la verdad,
la acompañada soledad.
Aquí el cimiento, la última broma,
con el camino que lleva a Roma
o desemboca entre tapiales.
Aquí los huesos monumentales.
Los monasterios catedralicios,
el ir viviendo de precipicios,
salvando el alma y acaso el pan.
Este, el oceánico huracán.
Bajo la muerte pasa un río,
espiga arriba crece el estío
y el tiempo es como una gran piedra
amortajada por la yedra.
Con lentitud de toro manso
pace la tarde su descanso
y el literario viajero querría
más agria su melancolía.
Soy extranjero, no sé los nombres
de los trabajos y los hombres.
Acongojante tierra entera
sin un descanso de ribera,
tan pronto incendio o noche cierta
que ya el viajero se despierta
pensando en otra lejanía.
Oh, condenado a compañía.
Aguas humanas. Hay que enterrar
lo que quisiéramos apurar
como un gran trago de "cañamero"
(tan amistoso y verdadero
que a la segunda copa avisa).
Este es el diálogo sin prisa.
Estos los hombres de sol a sol,
y esta la casa del caracol.
Sol en la torre. Llueve en el suelo.
La media tarde acorta el vuelo
y la paz huele a mesa puesta,
a levadura bien dispuesta.
Adiós, adiós, decían las gentes,
como si fuésemos viejos parientes
del pimentón o el azafrán,
y no de tuera y alacrán.
¿Y no se gasta tu piedra dura,
tan moza y madre Extremadura?
La extrema y grave punta de España;
tú eres la espina que nos araña.

(Y el hombre, el hombre de una pieza,
veía pasar nuestra tristeza).

Las dos composiciones restantes, *España, mi luz* y *Tierras de más allá*, evocan el unamuniano "*Me duele España*", ofrendado a su país y a su región, con un dejo de amargura y versos duros y sombríos, muy alejados de los cantos imperiales, "porque la patria es ese huerto que alguien cava", "Tierra que en sangre se valora, / dolida tierra paridora, / porque ganarla cuesta sangre, / a dentelladas de amor y hambre".

ESPAÑA, MI LUZ

ESPAÑA como un monte de abandono,
como un canchal de lumbre que manara,
al duro sol del tiempo, cara a cara,
y al sustancioso limo de su abono.

Continúa en la página siguiente…

Viene de la página anterior

La fosa de mi amor y de mi encono,
la indestructible reja que nos ara.
Coséchanos, que somos tu almajara;
oye crecer la tierra que amontono.

Aquí tu pedregal que me sustenta,
la desnudada y solitaria roca,
lo que gané queriéndote a destajo.

Me moriré contigo de mi renta,
palabra a dentelladas en la boca
mientras furiosamente me descuajo.

Nacer en esta tierra es crecer hombre.
Miro los bien sudados labrantíos
y me remonta el alma hacia los ríos
manantialmente azules de su nombre.

Luz que iluminará duro descombre,
la ruina vertical de tantos míos
menesteres antiguos y sombríos
cuando no quede nada que me asombre.

Tu estiércol soy, tu herida poco a poco,
oh, interminable atardecer de España
en donde mi cimiento se hace peso.

Apenas si te sufro cuando toco
lo que me desespera y me acompaña,
desangrada estatura de mi hueso.

La patria es este huerto que alguien cava,
las subterráneas aguas de los riegos
que hablan por los huertanos y labriegos
lo que desde la infancia sospechaba.

Es como una esperanza que no acaba,
un hontanar de claros ojos ciegos,
y es un inmenso pan que entre reniegos
vamos desenterrando de su lava.

La patria yo no sé qué llanto tiene,
pero siento su mano encallecida
y su materna entraña, hecha cochura.

Oh viento de que España se mantiene,
gloria de estar mirándola crecida
como una enorme y tierna levadura.

TIERRAS DE MÁS ALLÁ

TERRIBLE tierra. Ásperos montes
como un rebaño de bisontes.
Calizo yermo y pedregal,
naturaleza torrencial.
Un hombre va por el camino;
tiene el mirar hondo y cansino.
A veces canta, otras blasfema.
El ascua de la tarde quema.
Entona una cartagenera
de letra bronca y carcelera.
Es el anochecer y sobre
las eras danza un viento pobre.
La trilla rubia de las eras
que escurre por las torrenteras.
Tierra que en sangre se valora,
dolida tierra paridora,
porque ganarla cuesta sangre,
a dentelladas de amor y hambre.
Chilla en las ramblas la lechuza;
un aire misterioso cruza.
Y ya en sus troncos, los olivos
tienen un no sé qué de vivos.
Descansa el hombre en un ribazo;
lleva una caja bajo el brazo.
Un tierno estuche funeral,
aún oloroso de frutal.
Y desde lejos, más lejana,
se oye la voz de una campana.
Saca un pañuelo el hombre. Llora.
Hasta el cortijo hay una hora.
Y puesto en pie, vuelve al camino.
¿Será éste buen año de vino?
Olvida su liviana carga,
pensando en la cosecha larga.
En los resoles y el trabajo
de ir conquistándola a destajo.
Y se hace el campo hostil y duro,
cuanto su ceño más oscuro.
Oh, tierra, tierra, de repente
herida tan humanamente.
Mañana tendrás nuevos jugos,
alguien satisfará tus yugos.
Y tú, asesina, silenciosa,
irás segando rosa a rosa.
¿Musita el hombre o reza ahora?
Para llegar falta una hora.
Cuando la luna es tan hermosa
y gira el carro de la Osa,
un hombre va por el camino.
Pan y navaja es su destino.

Con seis poesías, igual que el primero, el segundo apartado lleva por título *Estar viviendo*. En la primera de ellas, *Cantilena*, una canción sencilla y repetitiva, tal como indica su nombre, el poeta suple la falta de métrica de las estrofas con la musicalidad de los juegos de palabras, las aliteraciones y las repeticiones ("Y después de todo / y después de nada", "Tires para arriba / tires para abajo", "cava que te cava", "Para que otro día, / para que otra vez"…), introduce expresiones coloquiales ("del hoyo al bollo") y termina quejándose del tedio de la vida cotidiana, trasunto de una existencia sin sentido (futilidad de la vida) ("Y, después de todo, / todo, ¿todo para qué? / Saco agua del pozo / la vuelvo a verter"):

CANTILENA

ACARREO poesía,
sostengo dolor.
Canjilón de noria,
terco canjilón.
Saco agua del pozo;
la vuelvo a verter.
Soy el fogonero
de un cansino tren.
Escribir decía
Larra, que es llorar.
Llorando palabras
te contentarás.
Y después de todo,
y después de nada,
y después de un día
con la muerte en casa.
Que del musa-musæ
al R.I.P.
nos separa apenas
un antesdeayer.
Tires para arriba,
tires para abajo,
desengaño somos,
a tristeza vamos.
Medida del hombre
lo que deja atrás,
si la calavera
se puede contar.
Pues del hoyo al bollo
mucho menos va
de lo que asegura
el loco refrán.
Nihil novum sub sole.
Todo tuvo antes,
desde el nacimiento
a los funerales.
Cazadora muerte,
corazón de reja,
estas son las mismas
heladas estrellas
y un hombre que escribe
como si sangrara,
su inútil cadena
cava que te cava.
Canto mi razón,
honda bocamina,
voz con el jornal
de la muerte encima.
Para que otro día,
para que otra vez
sepáis que hubo un hombre
de corteza fiel.
Amamos, fundamos
penas para dos,
siempre recordando
lo que nos dejó,
quemando en el hueso
lo que fue testigo.
Nos vamos pudriendo
por lo que vivimos.
Y, después de todo,
todo, ¿para qué?
Saco agua del pozo,
la vuelvo a verter.

Vienen después cuatro sonetos de factura impecable (*Tiempo de elegía*, *Cadena mortal*, *Niño del aire* y *Las mordazas*) y un largo poema de verso libre (*Carta en paz*). En el primero de ellos —que no evoca la pérdida de un ser querido, sino de la ilusión— juega con las repeticiones y la aliteración ("No puede ser, no puede ser; no puede."), atrevidas figuras literarias, y juegos de palabras y de conceptos ("de tanto andar, de tanto estar parado"," La luz que viene ya es la luz que he visto. / Gocé hace tiempo las futuras rosas"), y todo con el tono de pesadumbre tan propio de su poesía ("No se debe morir, pero ¿se vive?"). Al hijo que no llega, después de bastantes años de matrimonio, le pide con dolor "No vengas, no me llames. No te espero". Y el poeta, que es enemigo declarado del toreo [10], compara su trabajo como escritor ("aprendiz de jornalero") con el del torero *Cagancho*, tan tremendista en el ruedo, como él mismo lo era en el mundo literario de la época:

TIEMPO DE ELEGÍA

NO puede ser, no puede ser; no puede.
Digo que el corazón ya está cansado
de subordinaciones y deberes;
de tanto andar, de tanto estar parado.
No se debe volver siempre a lo mismo.
O ¿sufriremos por las mismas cosas?
La luz que viene ya es la luz que he visto.
Gocé hace tiempo las futuras rosas.
No se debe morir, pero ¿se vive?
Con la costumbre el corazón recibe
su miserable y jornalera renta
Y a cambio del trabajo de ser buenos
parece que tendremos, por lo menos,
nuestra personalísima tormenta.

CADENA MORTAL

¿QUÉ nos está pasando? ¿Qué nos pasa
que no atardece nunca sin su pena
y que de encrucijadas y de arena
llenamos el silencio de la casa?
¿A qué oscura pareja deberemos
el hombre y la mujer como desnudos?
¿A qué tenaz memoria de los mudos,
las únicas palabras que tenemos?
Las únicas. No hay otras. Tú las dices
apagando memoria y cicatrices,
que descuajamos juntos de una rama.
Por ellas pasó un río de anchas venas;
las digo y ya no son más que cadenas.
¿Siempre sucede así cuando se ama?

NIÑO DEL AIRE

SI ha de nacer, si ha de sufrir acaso,
ame este niño, duerma en esta alcoba.
Sobre los hombros llevará el fracaso
de mi cobarde y paternal joroba.
Si ha de vivir, esposa con esposa,
tenga de pan lo que alcancé de llanto,
y en esta amarga y solitaria fosa
consolación de cal. Y otra de canto.
Niño del aire, amenazante hijo,
el miserable corazón prolijo
a Dios sepulturero pertenece.
No vengas, no me llames. No te espero.
Aquí sobre la tierra es siempre enero
y nadie está seguro de que crece.

LAS MORDAZAS

DIGO que el escritor se pone en cola,
esperando que toquen zafarrancho,
y que de cuartelero y triste rancho
sus personales flores estercola.
Denuncio su sufrir, de bola a bola,
su cita con la suerte, a lo "Cagancho",
aquello que de vivo y de que mancho
por convertir la sangre en amapola.

Continúa en la página siguiente…

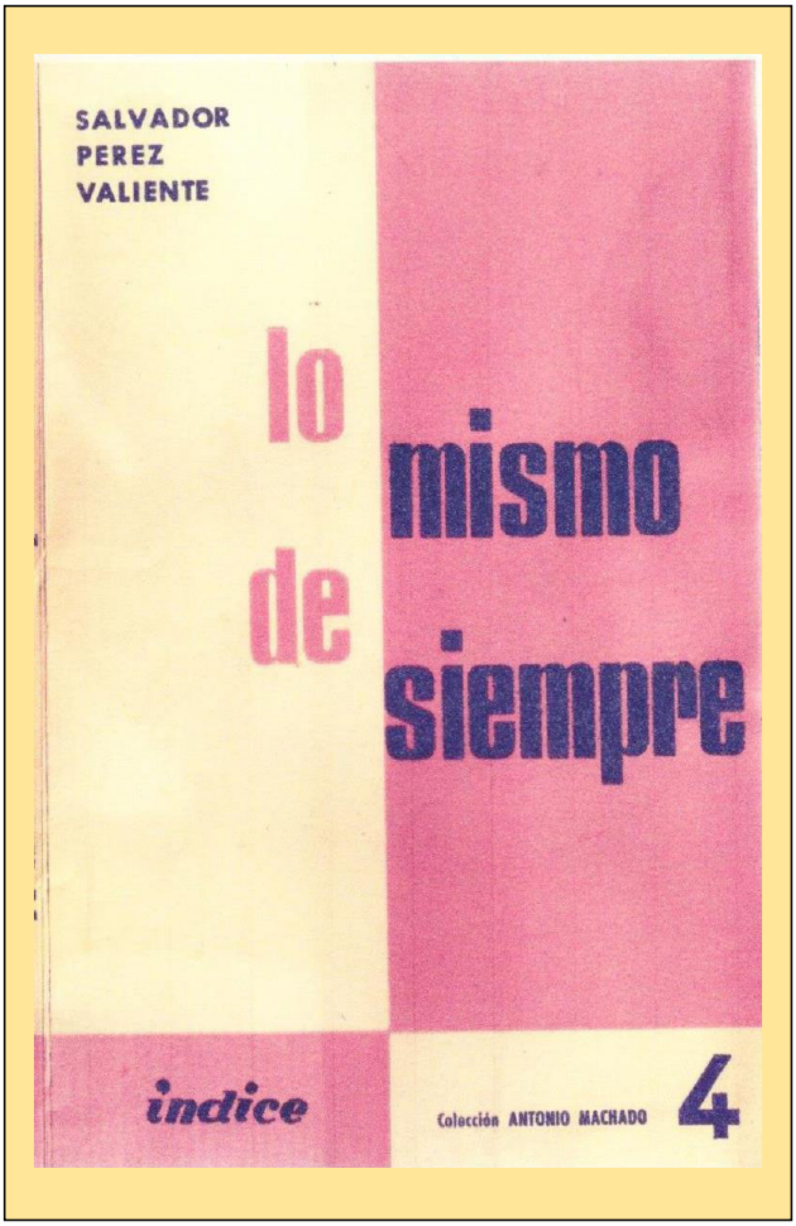
Viene de la página anterior

Afirmo un corazón de calderilla,
mientras que la esperanza se arrodilla
y voy poniendo en claro un hombre entero.
Vivir es inventar la propia historia
y no esta sofocada ejecutoria
de estar siendo aprendiz de jornalero.

En el último poema del apartado *Estar viviendo*, Pérez Valiente es "el mismo de siempre", el poeta que se ha labrado fama de belicoso (Salvador Pérez "Jabato", le llamaban por aquellos años), sin miedo a enfrentarse a todos y a todo, el poeta que rompe con la estética garcilasista en el número 2 de *Garcilaso* y al que muchos de sus coetáneos califican como tremendista. En este poema arremete contra los "tránsfugas moscovitas", a los que denomina despiadadamente "sombras de alcantarilla". Unos meses antes, había sido llamado "traidor" por Gabriel Celaya [11], porque había participado en un homenaje "oficial" a Antonio Machado —que había tenido lugar en Soria—, réplica del que los poetas de la resistencia intelectual antifranquista del interior y exiliados celebraron por esas mismas fechas en Colliure:

CARTA EN PAZ

NO, no sois mis hermanos,
españoles testigos que alguien paga;
del ancho pan de España no sabéis,
no recordáis su cegadora llaga.
Sueldos de otra moneda,
líricas encomiendas, beneficios,
os hacen extranjeros de la tierra
y os entristecen ásperos servicios.
Vais y venís, notarios
de papeles y nombres.
Conmemoráis con fosas y con barro
el llanto de los hombres.
Más que traidores, más
que cobardes y viles,
cantáis, y vuestro canto
resuena en los fusiles.
Pertenecéis a un mundo
de palabras y tratos;
se derrumba la Historia y la memoria
sobre tristes retratos.
Emigrantes del verso,
aquí escupe la gloria;
sois la dedicatoria
de lo inmerso.
Retaguardistas dos
veces, dos huidos.
La juventud os entierra
en salario de olvido.
Hambrientamente acuso,
tercamente os emplazo.
Vuestro jornal que empieza en los hoteles
termina siempre en lazo.
Sombras de alcantarilla,
políticos de enjambre,
se os paga en calderilla
y en calambre.
Digo de conferencias,
recitales, banquetes;
hablo de las conciencias
de grillete.
Habéis enajenado,
por contadas lentejas,
la primogenitura de las rejas.
Sobre vuestro desierto
edifico lo mío,
sobre los recién muertos y los yertos
corazones de hastío.
Nosotros somos, oh
panfletarios poetas,
nosotros que arrasamos
tantas torres secretas.
Que hundimos en la vida
las manos hasta el codo;
en tantos miserables
cadáveres y lodo.
Oh, poetas, cantad.
Quien canta va consigo.
Mováis con vuestras voces
los oficios del trigo.
Hay que vivir por algo,
agonizar un día
a cristazos sangrientos
de guerra y teología.
Pero, ¿sabéis morir?
Morir no es tan sencillo.
Os habita, hondamente,
un helador cuchillo.
¿En qué trinchera estáis?
¿Qué tiro, qué cadena
destináis a la heroica
juventud que nos llena?
No, no sois de mi raza,
tránsfugas moscovitas,
concursantes liróforos
de patria a margaritas.
Oh, lenguas bien castradas,
disciplinados labios
párvulamente en fila,
funeralmente sabios.
Cómo nos suena dentro,
torrencial y aguerrida,
dinamitera y justa,
tanta rabia vivida.
Oficinas del verso,
florales ocasiones,
os brindan vuestros amos
y vuestros paredones.
Estáis ciegos y solos.
Vendéis, como de arcilla,
aguachirlada y tosca
retórica amarilla.



A golpes, a zarpazos,
a dentelladas fieras,
honraremos la trágica
lumbre de las banderas.
Huesos de plomo sois
y tinta de sufragio,
pobres restos desiertos
de un fantasmal naufragio.
Más que heroicas proclamas,
escribís cada instante
recetas tumultuarias
de agradecido guante.
Dios nos sabe y nos pesa.
Su poderosa mente
nos piensa en el destino
de morir frente a frente.
La amarga España nuestra
que empieza en el Peñón,
salvada a golpe limpio
de tiro y de oración,
anchamente vivimos;
en sus castos eriales
la brasa levantamos
de solos peñascales.
Y porque no habéis sido
y no sois ni seréis,
y porque hemos nacido
cuando ya anochecéis,
forma junto a nosotros
y en nosotros empieza.
Sabed que en nuestros muertos
fundamos su corteza.

* * *

Pablo Larra

Notas:

1. *Lo mismo de siempre*. Índice. Madrid, 1960.
2. Demetrio Castro Villacañas. Prólogo de *Lo mismo de siempre*. Madrid, 1960.
3. Antonio Crespo. *La obra literaria de los periodistas murcianos*. Academia Alfonso X el Sabio. Murcia, 1985.
4. Salvador Jiménez. Diario *Arriba*. Madrid, 16 abril 1961.
5. Carlos Caballero Jurado. *Boletín Blau División*. Alicante, septie mbre de 2014.
6. *La Verdad*, Murcia, 15 de mayo de 1966. Página 13. Entrevista de Raimundo de los Reyes.
7. *La Verdad*, Murcia, 19 de diciembre de 1982. Página 15. Entrevista de Antonio López.
8. *Poesía Española*, número 57. Madrid, septiembre de 1956. *Antología de la poesía española 1955-1956*, recopilada por Rafael Millán. Aguilar, S.A. de Ediciones. Madrid, 1956.
9. *La Verdad*. Murcia, 19 de mayo de 1982, entrevista de Antonio López citada: "Los toros me parecen algo horripilante (...) Es una fiesta que tiene la misma justificación que la hoguera de la Inquisición".
10. Juan José Lanz, *Bajo el signo de Colliure*. *Bulletin hispanique*, 114-2. Bordeaux, 2012.

Maquetación: Antonio Pérez Gracia
Impresión: Contraste artes gráficas